

## I Premio Literario Pablo Díez

Trabajo premiado: tema caso Pablo Díez escrito por un trabajador de TMB

Autor: Jordi Aguado Castillo

### **ABISMOS Y GRIETAS**

Juan Villanueva comprendió que todo había acabado en el instante en que Alejandro Valcárcel, abogado de la empresa, terminó de leer la carta de despido y le señalaba, con dedo vacilante, dónde debía firmar. Ya era tarde para los porqués. Estaba todo decidido.

¿Cómo podía sospechar que ese ir y venir de un borde al otro de la cama, que esa parábola que se prolongaba desde el ocaso hasta el alba, cuyo interludio era una guarida que había fabricado ante el asalto de pensamientos retorcidos y bombardeos de preguntas acuciantes, eran preludios de la realidad?

¿Quién hubiera imaginado que ese expediente disciplinario podía acabar así? Trataba de poner tabiques al suceso, de sostenerlo en su cabeza para poder realzar los detalles; pero existía una laguna en la película, un pedazo de cliché velado —«tenía ganas de orinar, y con las puertas de mi autobús abiertas y pasajeros en el interior, bajé los escalones y me metí en el lavabo»—. Mientras tanto, un trozo de papel sin valor alguno, que colgaba de la máquina expendedora de billetes, cayó bajo los afectos de unas manos tediosas; molesta por la espera, y suponiéndole precio, pagado el desaire, la pasajera se recogió como abstraída en un asiento del fondo. Después, unos inspectores sacudieron su modorra y le solicitaron el billete, y la película quedó con final abierto.

Dos meses después del acontecimiento, en ese mismo despacho, se reunieron unas personas para desgranar el suceso y enfrentaron ambas versiones en el *ring* de las opiniones. Pero la razón, al ver que las opiniones subían al autobús en el momento de los hechos y como un acto de fe creían una de las versiones, subió al cuadrilátero y, con su seductora perspectiva, con su don de equidad, lo recorrió sosteniendo con gracia un cartel de advertencia, pero nadie miró. De repente sintió un golpe seco, inesperado, que la abatió contra la tarima. Bajo los efectos de ese terrible *shock*, la tendieron sobre un papel; apenas movía los labios. Un accidente —pensó—, nada que no pudiera restablecer el juicio. Pero el adalid no esperó a que se restituyera la razón y, a falta de ella, puso un número de expediente, rellenó un informe más o menos suspendido en una náusea, la cosió al papel con su firma y la dejó en la bandeja de despidos.

Juan Villanueva volvió súbitamente de lo que parecía un desmayo y sintió confusión, como si le hubieran sentado en la silla después de voltearlo; le temblaban las piernas como a un títere mal gobernado. Alejandro Valcárcel le estuvo observando algo inquieto y, antes

de que se volvieran a repetir escenas lamentables, le invitó a salir de su despacho. El conductor ladeó la cabeza, inconscientemente: desde la cara del abogado hasta la puerta. Su campo de visión tropezó con una ventana abierta que daba a otro despacho; alguien prestaba atención con uno de sus ojos y ambas orejas mientras encorbaba las varillas de la persiana con la frente. No le dio importancia; quizá esa visión cogió un atajo hasta el recuerdo. Intentó levantarse de la silla, pero no pudo; sintió cómo un abismo examinaba su cuerpo con sus manos etéreas, cómo perdía el equilibrio en el respaldo. El abogado se acercó a la ventana intentando esquivar la situación: ese hedor putrefacto que invadía nuevamente su despacho (esperando oír tras de sí cómo se cerraba la puerta y el olor desaparecía).

Estaba lloviendo, y las gotas se aferraban al cristal como un intento desesperado de eludir su destino. Una caravana de coches avanzaba con parsimonia mientras las bocinas luchaban, haciendo agujeros en el aire, para abrirse paso.

Juan Villanueva insistió en que no había hecho nada, que la mujer que le acusó de darle el billete falso debía de sentirse acorralada, que los inspectores le proporcionarían una llave y abrió esa farsa. Pero la respuesta fue un silencio prolongado.

Como último intento apretó los párpados implorando despertar, pero al abrir los ojos seguía allí, dando golpes con el tacón de los zapatos contra el suelo. ¿Y ahora qué? Se repitió la pregunta tantas veces que la última, sin querer, salió de sus labios como una queja. Alejandro Valcárcel se acercó a su mesa y, apuntando con el dedo hacia un papel, le indicó que había la posibilidad de reingresar en seis meses, pero debía aceptar el hurto y... Un golpe de ira, un manotazo dejó el papel noqueado sobre el suelo. Amenazando con avisar a los de seguridad, hizo ademán de descolgar el auricular, pero se limitó a repicar frenéticamente sobre su base, y dos gotas de sudor frío cayeron a la mesa. No podía marcar, a no ser que los números se repitieran de tres en tres. En ese instante comprendió que a él también lo habían puesto a correr en plena oscuridad. Juan Villanueva no lo vio; estaba afligido, miraba hacia el suelo e intentaba contener sus piernas, pero lo que más le atormentaba era que, en cierto modo, se sentía unido a esa carta: piel contra piel.

Cuando pudo incorporarse de la silla se dirigió hacia la puerta y, apretando el pomo con fuerza y mirándole a la cara, le lanzó una última pregunta: «¿Cómo se puede engañar uno mismo?». Esa pregunta llegó hasta el infinito, rebotó por el despacho, por un momento parecía que se hubiese colado por debajo de la puerta o en el despacho contiguo; sólo buscaba a los amos del látigo, posiblemente dio con todos antes de caer sobre Alejandro Valcárcel, que, aunque en un primer momento intentó esquivarla —tal y como le habían enseñado—, se entregó por fin a ella.

Salió del edificio como una bala perdida. Debía seguir caminando. No podía parar, parar era sinónimo de pensar y le daban arcadas sólo de oler sus pensamientos. Luchó por

librarse de las cadenas a golpes de silencio, por encontrar la mente despejada de ayer, aunque tenía la impresión de que ayer era un pasado remoto y que la carta que tenía en el bolsillo del pantalón llevaba años con él. Intentó buscar el rumbo entre las calles como un mendigo hambriento, pero el timón había desaparecido de su vista. Entonces, corriendo, desesperado, salió en busca del mañana, del interruptor de esa luz que se extinguía; deseaba dejar atrás la noche que avanzaba por los tejados y el miedo que seguía ahí, jadeante. Pero, extasiado, tuvo que recostarse en un banco a descansar.

Era una avenida ancha, levemente iluminada, con árboles recién nacidos y setos a media altura que miraban hacia el mar, a la deriva. Y se acordó del día en que sus labios se humedecieron en otros labios, del aroma de una lagartija viscosa que se metía en su boca como si fuera su guarida. Con los peces de una charca mugrienta del parque, meridiano de sus vidas, y con sus familiares y amigos, compartieron entre risas que había llegado el fin de noches frías en bancos públicos, la noticia de su próximo enlace, la unión inequívoca de sus destinos. Después le sobrevino el llanto entrecortado de su hijo, su mirada extraviada en la sala de partos que se fijó como un imán en su rostro descompuesto por las lágrimas y las risas.

Ese lapso de felicidad se vio interrumpido bruscamente por una respiración entrecortada y por esos pensamientos que ahora se apilaban violentamente; no acabado uno comenzaba el otro, despojando al raciocinio de su lugar. ¡Basta ya! ¡Basta ya!, se repitió hasta la saciedad, pero no había nadie más en su cabeza. Y sintiéndose acorralado, avanzó por la avenida y fue saltando de sombra en sombra. Más tarde, esa fiebre lo fue arrastrando hasta el delirio y allí tomó una determinación: un atajo hacia la tranquilidad.

Alejandro Valcárcel salió horas más tarde de su despacho. Dijo que se iba a casa. Nadie le preguntó. No tenía amigos, en esas alturas la hipocresía es tu único aliado. Entró en el ascensor y sintió alivio, ingravidez. Tuvo necesidad de pulsar todos los botones, de suspender el tiempo y retroceder por él; tomó conciencia de lo que había hecho.

Bajó las escaleras del metro, y en el andén, pensativo, se quedó mirando las vías. No era la primera vez que leía esa carta, que ejercía de maniquí en ese escaparate de horrores, que observaba esos mismos ojos inquietos que miraban para adentro, como si les acechara un peligro bajo sus ropas, pero sí la primera vez que no tuvo tiempo de tomar distancias. Sintió como un crujido seco en la cabeza y amortiguó el golpe con una mueca, pero la grieta era profunda y había llegado al subconsciente. Sintió que se hundía por esa rendija abierta, que sus manos escarbaban la oscuridad y no encontraban claridad a la que agarrarse, y pensó en los muchos cautivos que había hecho, en el giro que había producido en sus vidas. Finalmente, notó cómo las manos de esos hombres le levantaban del suelo; sintió alivio, quizá pudiera dormir tranquilo, sin las malditas pesadillas. Todo tiene un límite y un fin, y él había caído también dentro de un tiempo suspendido.

Se pasó de parada, pero no le importó; el destino era efímero. Subía por las escaleras mecánicas cuando vio a Juan Villanueva que cruzaba la calle, sin importarle las bocinas, las ráfagas de luz, las advertencias. Cruzaron sus miradas, pero no se vieron. Habían olvidado quiénes eran, qué hacían allí, que se conocían; sólo una obsesión, un furtivo que esperaba ansioso la grieta, había salido de la prisión del subconsciente y ahora los dirigía.

Entraron en un parque, y tras de sí cerraron las puertas del mundo, poco a poco, sin hacer ruido. Y cuando la noche se hizo coartada, rodearon con una cuerda una rama casi del mismo árbol y le dieron carácter de presagio.

Justo en el sublime acto, Juan Villanueva oyó el sonido estridente de su teléfono móvil —bendita tecnología—. Era una llamada que salía del despacho contiguo, que brincó el muro de las incoherencias, que le absolvía del hurto y culpaba de la barbarie a un error informático. Supo que no era verdad, pero no le importó; era un pájaro adormecido en su boca. La justificación era suficiente para levantar el velo a la penumbra y tirar la soga a las cenizas.

Salió huyendo del parque, de ese paradigma. La alegría transformó la nebulosa en que se había convertido el mundo en un terrón de azúcar disolviéndose en la lengua; era otro, era él mismo. Pero al alcanzar la puerta, cuando por fin abría los ojos, vio una silueta que oscilaba junto a una farola del parque, en la penumbra. Se acercó como si no quisiera acercarse, como si la felicidad no permitiera de nuevo infiltraciones, cada paso era un montículo más alto que lo llevaba otra vez a la oscuridad. Cayó de rodillas frente a ella —una especie de adoración maldita—, miró al cielo, vio que la luna avanzaba a toda prisa como intentando ocultarse tras una nube, y lloró ante lo absurdo. Alejandro Valcárcel pendía de un árbol, inerte; nunca había bajado de ahí, y así tampoco se podía vivir. Para él no hubo llamada. Cómo iba a pensar la élite que uno de sus súbditos era humano. Juegos del destino, errores que se pagan aunque sean humanas sus víctimas.